

Agramonte - Discurso, 1923

6595  
SF



SA1595.6

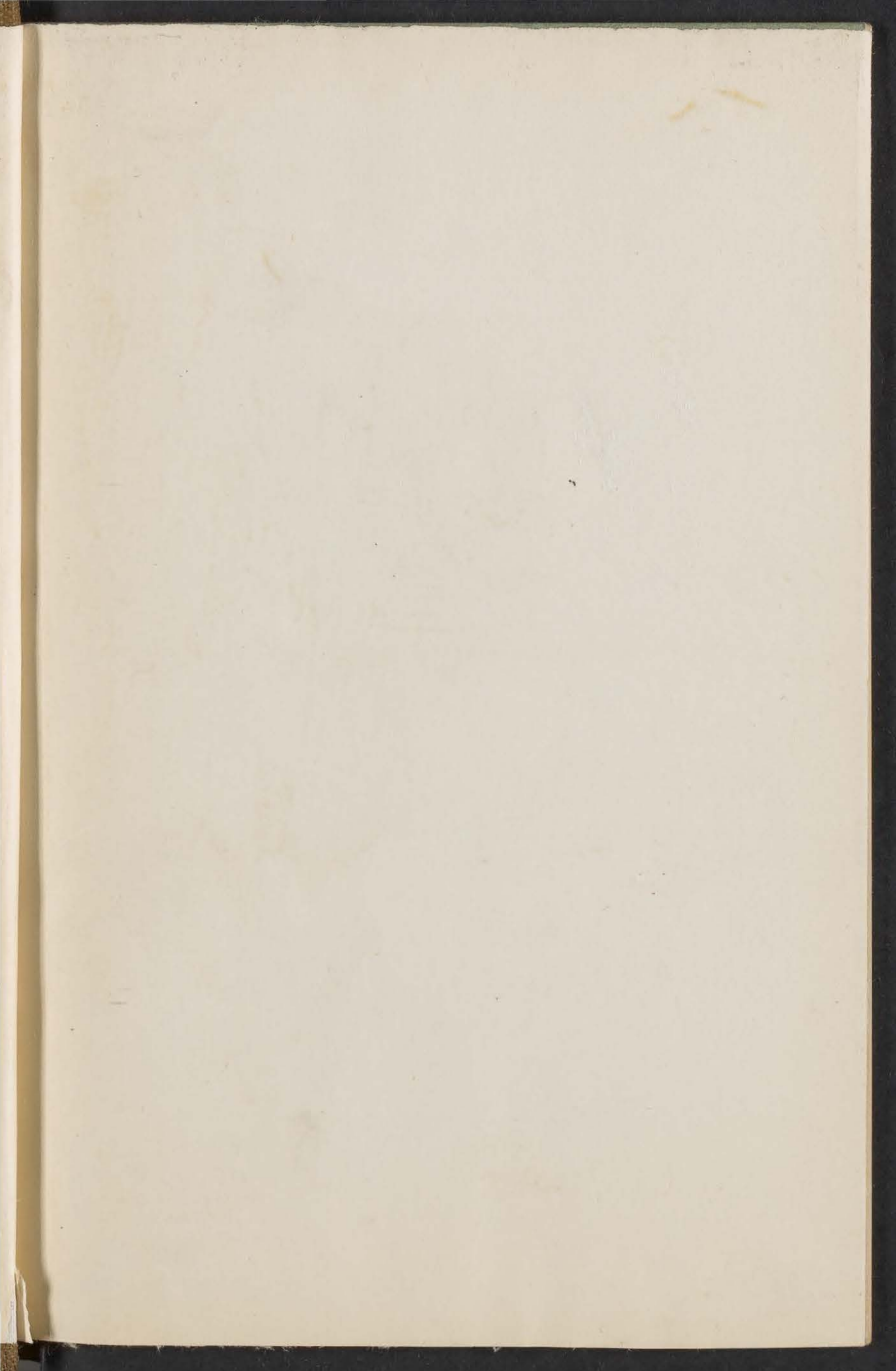


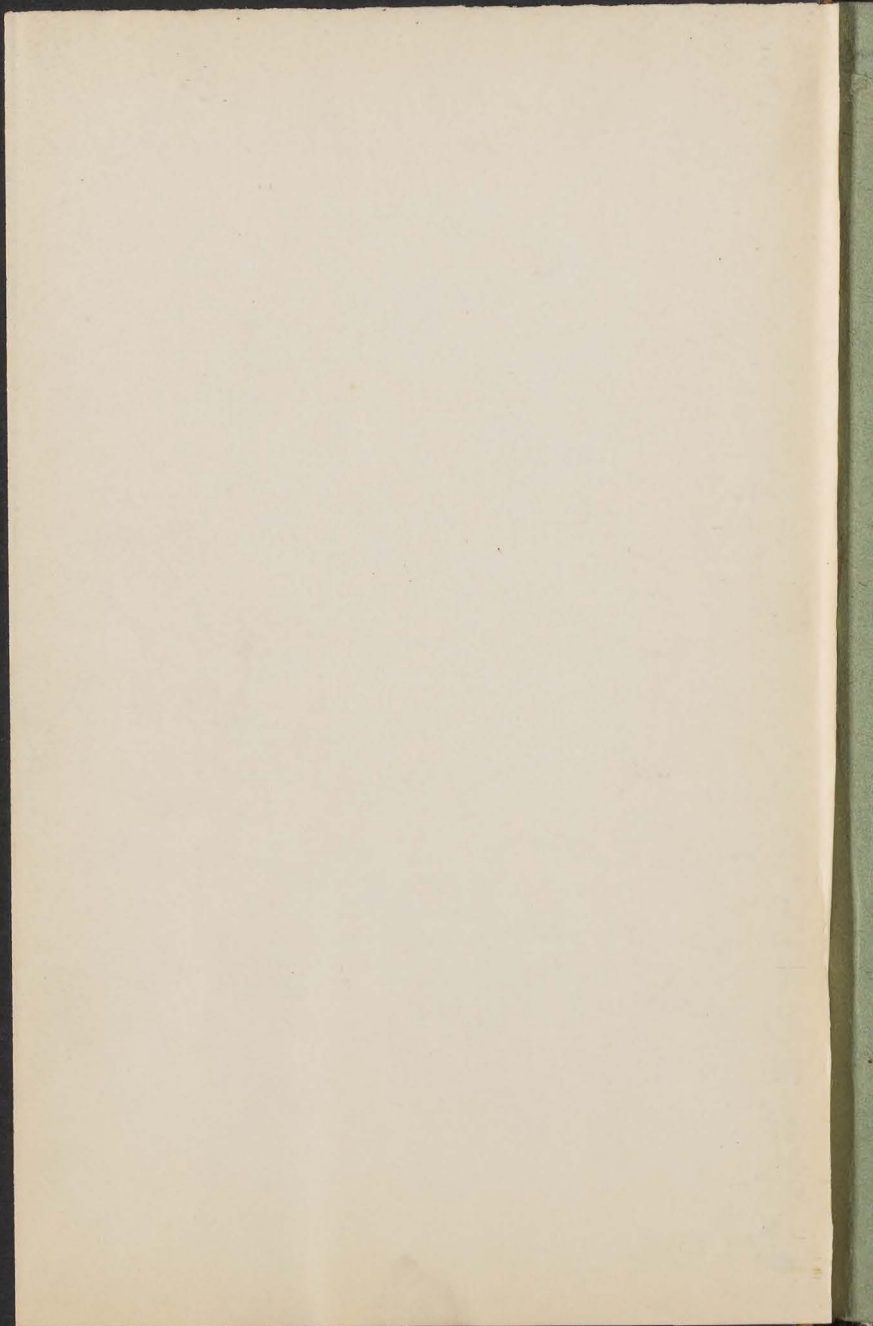
Harvard College Library

FROM

*Biblioteca Nacional*

*Havana*





REPUBLICA DE CUBA

SECRETARIA DE ESTADO



# IGNACIO AGRAMONTE

DISCURSO PRONUNCIADO  
POR EL CORONEL CARLOS MANUEL DE CESPEDES Y QUESADA,  
SECRETARIO DE ESTADO,  
EN LA VELADA CONMEMORATIVA  
CELEBRADA EN LA SOCIEDAD DEL VEDADO,  
POR INICIATIVA Y BAJO LOS AUSPICIOS  
DE LA ASOCIACION NACIONAL DE EMIGRADOS  
REVOLUCIONARIOS CUBANOS,  
PARA HONRAR LA MEMORIA DEL MAYOR GENERAL  
IGNACIO AGRAMONTE Y LOYNAZ.

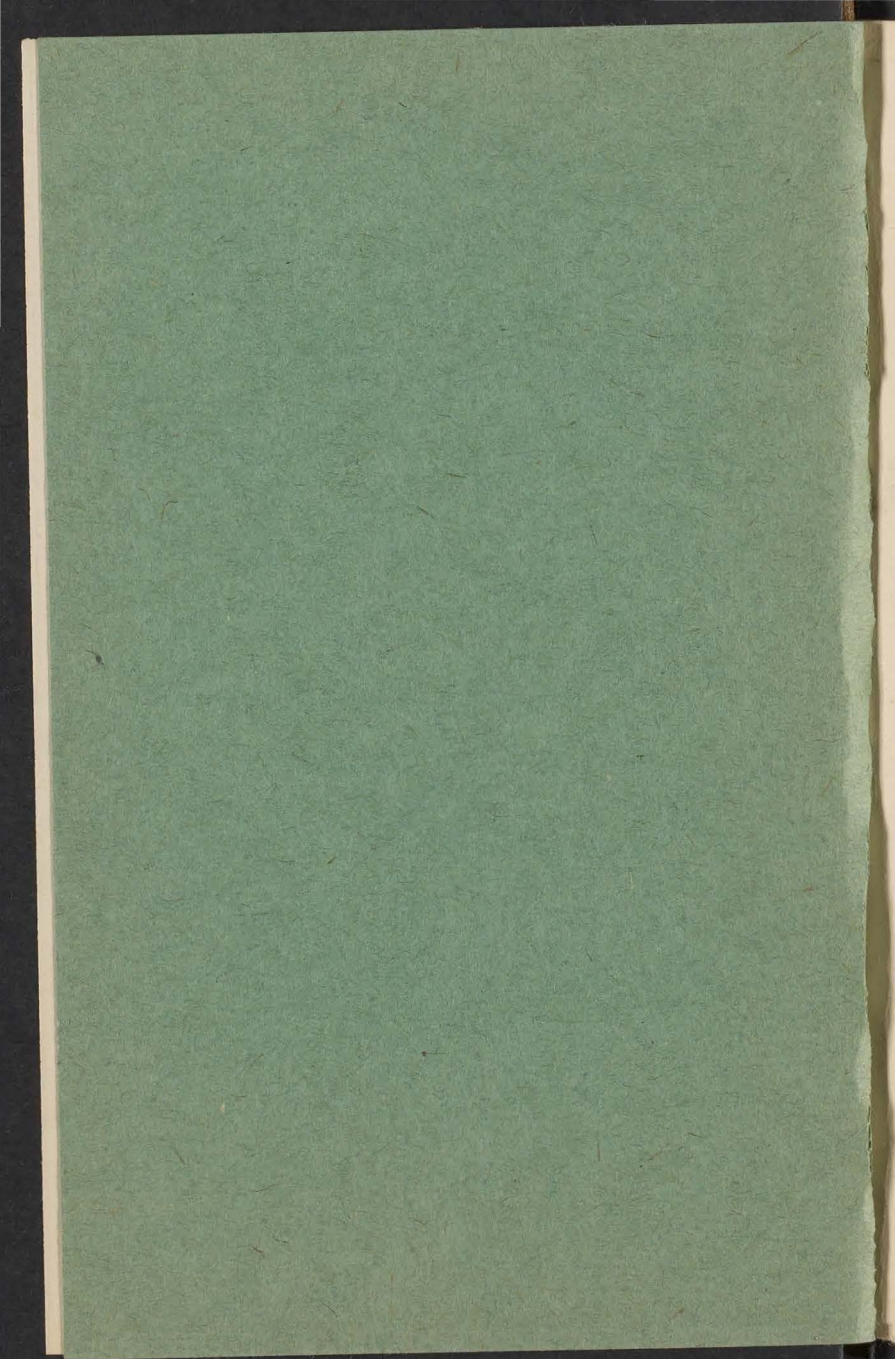
---

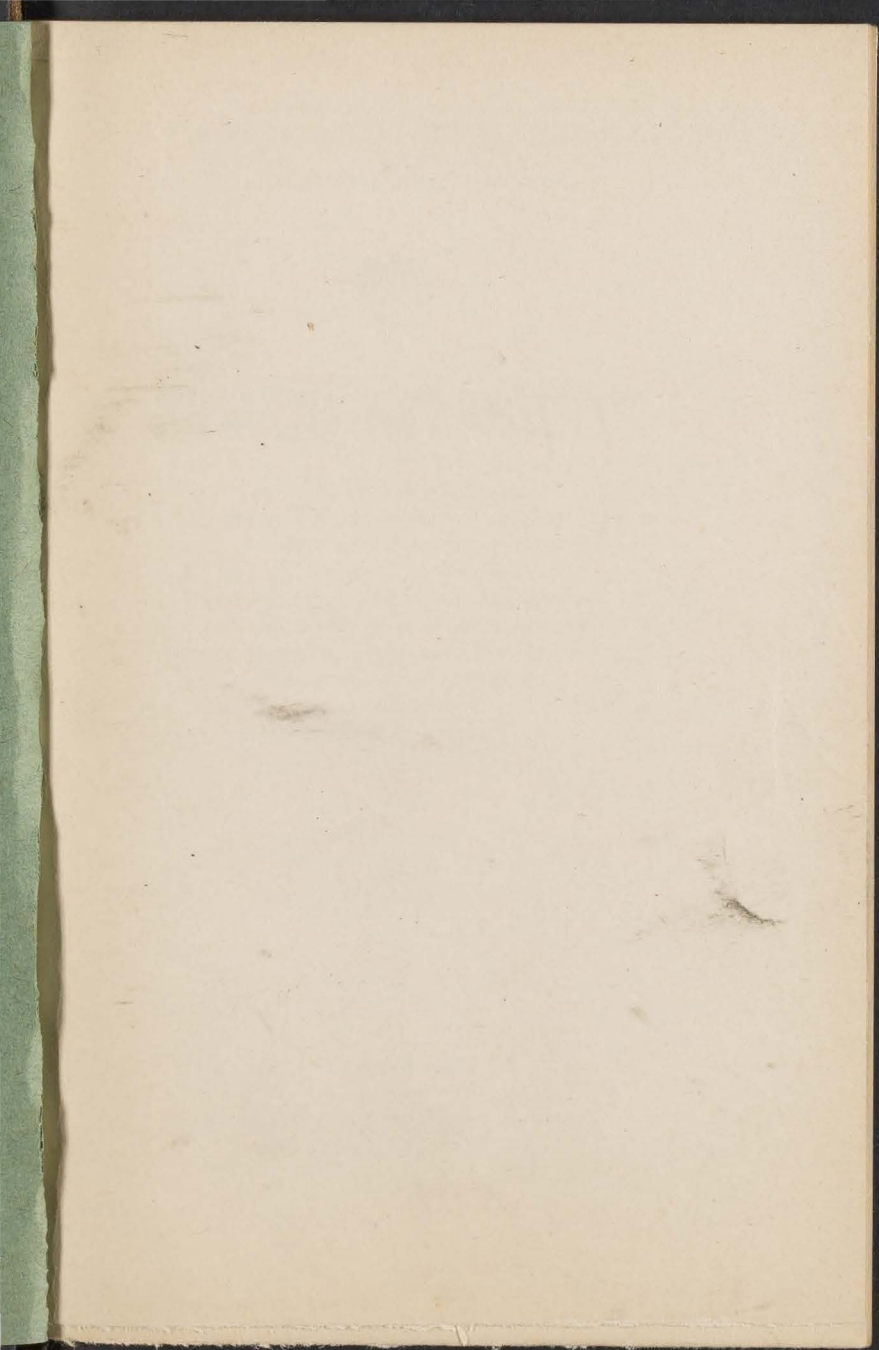
HABANA

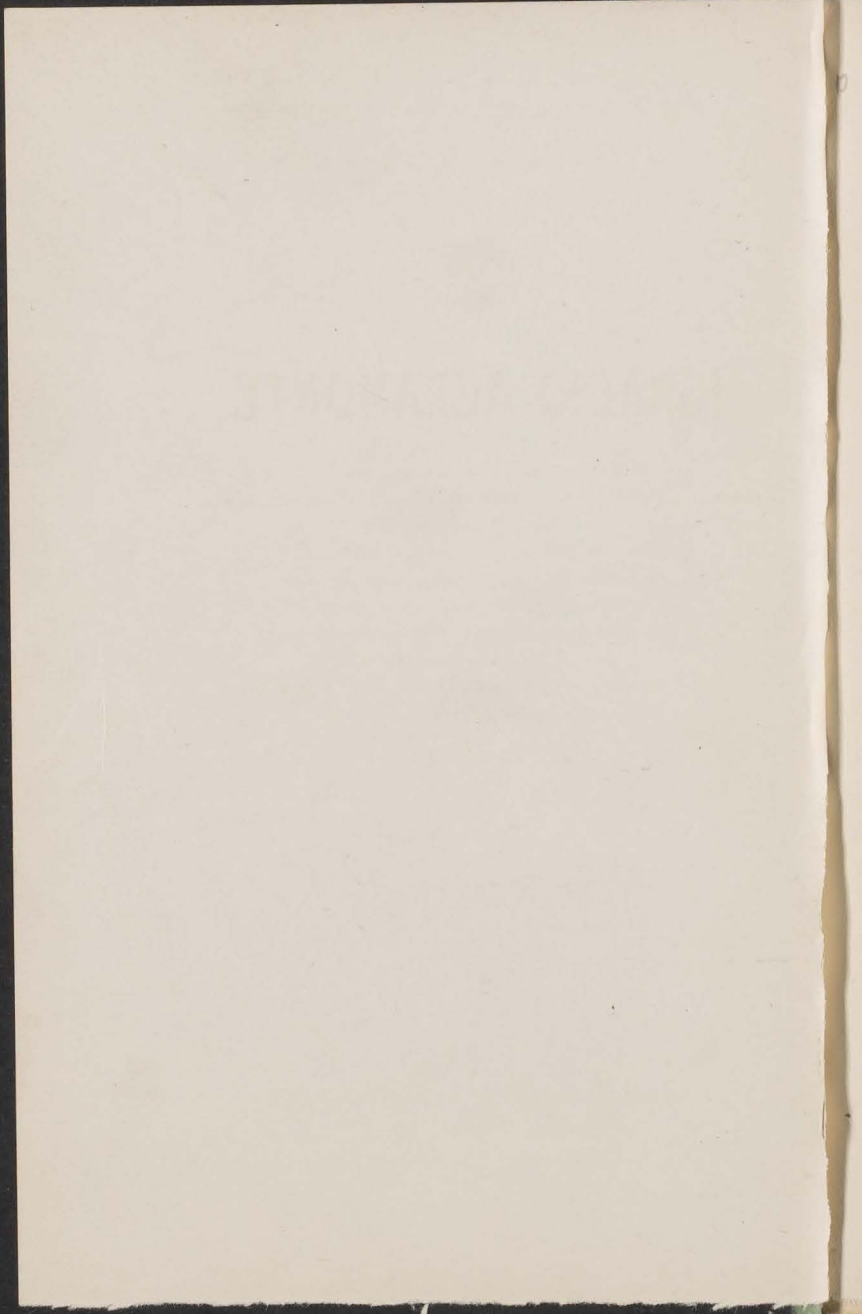
Imprenta y Papelería de Rambla, Bouza y C<sup>o</sup>

Pí y Margall, Núms. 33 y 35

1923







REPUBLICA DE CUBA

SECRETARIA DE ESTADO



# IGNACIO AGRAMONTE

DISCURSO PRONUNCIADO  
POR EL CORONEL CARLOS MANUEL DE CESPEDES Y QUESADA,  
SECRETARIO DE ESTADO,  
EN LA VELADA CONMEMORATIVA  
CELEBRADA EN LA SOCIEDAD DEL VEDADO,  
POR INICIATIVA Y BAJO LOS AUSPICIOS  
DE LA ASOCIACION NACIONAL DE EMIGRADOS  
REVOLUCIONARIOS CUBANOS,  
PARA HONRAR LA MEMORIA DEL MAYOR GENERAL  
IGNACIO AGRAMONTE Y LOYNAZ.

---

HABANA

Imprenta y Papelería de Rambla, Bouza y C<sup>a</sup>

Pí y Margall, Núms. 33 y 35

1923

SA 1595.6

✓



*Biblioteca Nacional,  
Havana.*

Esta es la primera vez, señoras y señores, que me cabe la inmensa honra de hablar desde una tribuna adornada con la bandera de Yara, y esta circunstancia feliz no podría serme más grata de lo que resulta para mí por lo significativo y delicado de la intención, que agradezco a la Asociación Nacional de Emigrados Cubanos, porque es evidente que ningún lugar mejor ni más adecuado que una tribuna abrazada por tan augusto emblema pudiera ofrecérseme, como hijo del hombre de *La Demajagua*, para colocar desde ella un laurel sobre la frente de Ignacio Agramonte. (Grandes aplausos).

La obra meritísima que en la paz viene realizando la Asociación Nacional de Emigrados Cubanos y, con ésta, otras sociedades patrióticas como la Columna de Defensa Nacional, aquí representada por su joven y distinguido presidente, como también lo está la Sociedad de Conferencias por el ilustre tribuno camagüeyano que en ella ha levantado cátedra del más puro y noble patriotismo, es de una importancia

extraordinaria para nuestro país. Que a ella dediquen su atención y sus esfuerzos es muy propio de los buenos patriotas que organizaron esta velada, porque decir emigrados revolucionarios cubanos equivale a decir veteranos de la independencia, y, si se quiere, algo, a la vez, más patético y sentimental, si se tiene en cuenta todo lo que significa el haber sido un emigrado revolucionario cubano. (Aplausos).

Sabido es que no eran nuestros emigrados revolucionarios de esos otros emigrantes que tantas simpatías despiertan porque, impulsados por la dura necesidad, se ven obligados a abandonar el país nativo, en circunstancias a menudo difíciles, para buscar trabajo y bienestar en regiones, aunque hospitalarias, extrañas; ni era hija la tristeza de su alma de la suave melancolía que inspira el dulce recuerdo del terruño y el hogar lejanos. Nuestros emigrados revolucionarios eran, en su mayoría, patriotas de todas las esferas sociales que habían sido expatriados violentamente de Cuba, víctimas de persecuciones políticas por sus ideas separatistas, o jefes, oficiales, clases y soldados supervivientes de las guerras por la libertad, que, al ver plegada y enlutada su bandera, de *motu proprio* se salieron al destierro llevando en sus corazones lacerados el recuerdo de los dolores de

la patria junto al propio del emigrante cuando se aleja de las playas nativas. Y este doble y cruel sufrimiento, que en sus pechos, permanentemente, se anidaba, hacía más intenso y al parecer más irremediable cada vez que sus esperanzas de volver sufrían un eclipse o cuando meditaban en la felicidad, la civilización y el progreso de que disfrutaban los pueblos libres en que se habían refugiado, y que a su patria le estaban negados. No es extraño, pues, que muchos de aquellos hombres, ya viejos y cargados de familia, sintieran, a no dudarlo, que su tristeza se convertía en algo semejante al horrible suplicio de Tántalo, cuando, por circunstancias que en su caso ocurrían, les era vedado empuñar el rifle y volver a su patria para morir por ella. Así vivieron las horas tristes de Cuba, contando sus minutos y segundos, y dieron pruebas de constancia y abnegación sin límites, sacrificando una parte del producto de su trabajo para contribuir a los fondos revolucionarios; y ni siquiera en los momentos más inciertos y oscuros de nuestra historia, cuando en la Isla cercana parecía imposible toda manifestación vigorosa de la conciencia nacional, dejaron ellos de llamarse emigrados revolucionarios y suspirar por el advenimiento de la emancipación de Cuba. (Aplausos).

Dispersa aquí y allá nuestra emigración de revolucionarios en todo el continente americano, sólo subsistían, sin embargo, después del pacto de Zanjón, que puso término a la guerra de los diez años, y cuando hubo de concluirse también la guerra chiquita, algunas asociaciones de cubanos de esta clase, constituídas en las ciudades que muchos de ellos habían contribuido a fundar en los cayos y arenales de la Florida.

Depositarios del legado de honor, esperaban con fe el momento propicio, cuando apareció en el horizonte, como un astro luminoso de primera magnitud, el gran predestinado que había de unir a los emigrados revolucionarios y preparar la última etapa de la lucha por el supremo ideal.

Reunidos en Cayo Hueso, oyeron la palabra fulgurante de Martí; y los representantes de los emigrados revolucionarios cubanos, entre los cuales, si no recuerdo mal, se hallaba el presidente del Club "Ignacio Agramonte", firmaron con él las bases del Partido Revolucionario Cubano que se constituyó y proclamó su existencia y sus altos fines patrióticos el día 10 de abril de 1892.

Consecuente con su historia es, por tanto, la Asociación de Emigrados Revolucionarios Cubanos al dedicarse en la paz a exaltar el patriotismo para consolidar la

independencia con actos como este que se consagra a honrar la memoria del mayor general Ignacio Agramonte. (Grandes aplausos).

Al abrir esta velada, el presidente de la Asociación dijo que Martí aconsejaba hacer la historia de los grandes de la patria de manera sencilla para que todos la comprendiesen. Con efecto, creo recordar que Martí, en uno de aquellos inspirados discursos con que levantaba en masa a su auditorio, afirmaba que para hablar de los héroes no eran necesarias frases pomposas. Y tenía razón, porque nada hay más elocuente y hermoso que el relato claro y verídico de los grandes hechos que ellos realizaron.

También nos informó el presidente de esta Asociación que a mi cargo estaría el hacer aquí la biografía de Ignacio Agramonte. Si ese es, en realidad, mi cometido, debo confesar que no vengo preparado para ello, por no haberme sido posible, dada la falta material de tiempo, el consultar las obras históricas que con la vida del gran camagüeyano se relacionan para hacer acopio de los datos necesarios en un empeño semejante; pero confío en que hojeando, como quien dice, el libro de mis recuerdos personales, he de encontrar en mi memoria, las impresiones indelebles que con-

serva de aquellas publicaciones, y, sobre todo, de cuanto se me refirió por una madre amantísima que conservaba y me transmitía con fervor las leyendas y hasta los pequeños cuentos de nuestros abuelos como saben guardar y enseñar cuanto hay de noble y educativo en nuestro pasado las buenas y virtuosas madres camagüeyanas. (Grandes aplausos).

Aparte de los lazos que a todos los cubanos nos unen con Ignacio Agramonte y su venerada memoria, existen dos para mí, que me hacen especialmente grata y honrosa, no obstante su dificultad, la misión que se me ha encomendado esta noche. El primero, un nexo de sangre por el lado materno y, el otro, de orden enteramente personal a que más adelante volveré a referirme.

Era este cubano excelso, hijo de un caballero distinguido que como él se llamaba Ignacio Agramonte, hombre culto, digno y enérgico, perteneciente a una antigua familia del Camagüey, oriunda de Navarra, que se movía en los más altos círculos sociales; y de una bella camagüeyana, llamada Filomena Loynaz, cuyo recuerdo se conserva con verdadero cariño y respeto en aquella provincia y que formaba parte de una familia de patricias virtuosas, que die-

ron el ser a muchos héroes cubanos, y que tuvo su origen en Vizcaya.

En una de las naves que la nación descubridora enviaba a Cuba en los albores de nuestra historia, vino de España hacia principios del siglo XVII, un joven militar español que se llamaba, si bien recuerdo, el capitán José Antonio Loynaz y Sobremonte, hijo de Antonio Loynaz y María Sobremonte.

No era el capitán Loynaz un hombre oscuro ni uno de esos temperamentos para quienes las aventuras de la conquista tenían irresistible atractivo; y así lo demostró, como lo demostraron también infinidad de buenos españoles que vinieron a nuestra Isla y en ella se quedaron para poblarla y compartir la vida y la suerte de sus hijos. Desde su llegada fué bien recibido el capitán Loynaz por las familias fundadoras de Puerto-Príncipe, como entonces se llamaba Camagüey, y allí se enamoró de una camagüeyana que se llamaba Ana de Vergara y de Miranda, contrayendo un matrimonio de amor que seis generaciones después debía producir su más extraordinario fruto, a través de sus descendientes, en la persona de Ignacio Agramonte y Loynaz.

Desde este enlace la familia Loynaz está emparentada con las principales familias

del Camagüey, entre ellas, las de Varona, Bringas, Castillo, Guerra y Quesada.

En el año 1841, muy cerca del día en que la religión cristiana celebra el nacimiento del Redentor, el 23 de diciembre de 1841, nació Ignacio Agramonte.

He querido hacer especial referencia a su rama materna y a la noble señora que lo dió a luz por haber sido, como he dicho antes, las mujeres de su familia fecundas en héroes de nuestra independencia, y porque creo indispensable señalar que las virtudes fundamentales del carácter de Agramonte, acaso las heredara de su madre, descendiente de vizcainos y heredera de las grandes y fuertes cualidades que adornan a los hijos de aquella provincia española, ya que es cosa reconocida que si los padres transmiten las condiciones más brillantes es decir el arrojo, el valor, el espíritu de iniciativa y hasta el genio, parece seguro que es por lo general a las madres a quienes se deben las cualidades fundamentales del carácter de un hombre y que desde la cuna lo acompañan hasta la sepultura. De Ignacio Agramonte parece justificado creer que heredó de su padre la energía y el brillo de su talento, y de su madre la dulzura y la virtud. Por eso fué por lo que Martí pudo decir con justicia de él, que era "un

diamante con alma de beso". (Grandes aplausos).

Los primeros años de la vida de Agramonte en el Camagüey, debieron ser y fueron, sin duda, lo mismo, en aquella época de costumbres sanas, que la de los demás niños cubanos en las capitales de nuestras provincias apartadas. Pero en aquellos tiempos y cuando apenas había llegado a la edad de diez años, sucediéronse en Cuba y en el propio Camagüey ciertos hechos que debieron impresionar profundamente al alma de Ignacio Agramonte.

Las expediciones del general Narciso López con su apresamiento y muerte como trágico fin de su aventura; el levantamiento de los Agüero, Betancourt, Zayas y Benavides, su muerte y la de los patriotas que en la Habana, como Pintó y Strampes, subieron al cadalso, agitaron en esos años profundamente al país y sobre todo tuvieron en el Camagüey una repercusión extraordinaria que llevó a las camagüeyanas a cortarse el cabello, en signo de duelo y protesta, y a los hombres a juramentarse para la próxima revolución.

Por otra parte, en aquellos tiempos vivía en el Camagüey un sabio maestro romano, (1) cuyo nombre lamento no recor-

---

(1) Nota: Giuseppe Cerrutti.

dar en estos instantes, que se dedicaba a la enseñanza del latín y de la historia y de la literatura antiguas, el cual tuvo tanta acogida en aquella sociedad, de vida eminentemente contemplativa, que a poco se estudiaban con preferencia a toda otra materia la historia antigua de Grecia y Roma, el teatro griego, los poetas y la elocuencia de Atenas y de Roma. En la Sociedad Filarmonica, que era la de los cubanos, no se hablaba sino de los autores clásicos y de los hechos de los grandes hombres que han llegado a nosotros a través de los siglos con el ropaje sencillo y magnífico con que la antigüedad nos legara sus admirables personajes.

Aquel educador romano fué un verdadero revolucionario para el Camagüey, pues dicen que a poco de estar enseñando se operó un notable cambio en las ideas tradicionalistas muy españolas de los primitivos camagüeyanos. Todo Camagüey, entonces privado de frecuentes comunicaciones con el exterior, se entregó a esas bellas lecturas y disertaciones, al extremo de que parecía que allí se viviese, por esta suerte, en los grandes tiempos de la antigüedad, de lo cual es testimonio y producto el hecho de que, desde aquella época, los padres camagüeyanos dan a sus hijos los nombres de los grandes de Atenas, Espar-

ta y Roma. Mucho debió también influir aquel ambiente, como las fuertes y buenas enseñanzas que del estudio de los clásicos se derivan, en el alma de Ignacio Agramonte, en quien nuestro ilustre, nuestro gran Manuel Sanguily pudo ver, más tarde, virtudes fundamentales que lo indujeron a decir, con razón, que Ignacio Agramonte era "un romano de los tiempos heroicos de la Gran República". (Grandes aplausos).

Con esta preparación moral y después de hacer sus primeros estudios en varios colegios de Camagüey, vino Agramonte a la Habana, y en esta capital tuvo la fortuna de entrar de alumno en el célebre colegio de don José de la Luz y Caballero. La historia de este gran educador cubano es tan conocida, que no necesito recordar a esta culta sociedad toda la trascendencia que tuvieron sus enseñanzas en nuestra historia nacional ni tampoco hacer notar el influjo que debieron ejercer en la mente y en el corazón de Ignacio Agramonte. De aquel colegio salieron infinidad de cubanos notables, y de él pasó Agramonte al Convento de Santo Domingo, donde trató a la brillante juventud de la que más tarde había de ser ídolo sublime, "el Arcángel de la leyenda de oro", según la frase de aquel ateniense que se llamó Antonio Zam-

brana, (aplausos), y a su tiempo obtuvo el título de licenciado en Derecho Civil y Canónico de nuestra Universidad.

Al regresar a Camagüey, le sucedió a Ignacio Agramonte lo mismo que a su ascendiente el capitán Antonio Loynaz y Sobremonte. Se enamoró de una bellísima camagüeyana, Isabel Simoni, hermana de la también bella y dulce Matilde, esposa, en primeras nupcias, de Eduardo Agramonte y Piña, y madre de Aristides Agramonte; y se casó con ella. Aquella distinguida señora, se encuentra representada aquí, esta noche, por otra dignísima camagüeyana, su hija, a quien dedico un saludo respetuoso. (Aplausos). Ignacio se enamoró de Amalia con locura. Los momentos que le dejaban libre los trabajos de su bufete, los dedicaba a ella. Dicen que al llegar de la Habana, lo visitó la Audiencia en pleno, y que ya desde entonces se le miraba con respeto y admiración en su ciudad, como si en aquel joven letrado adivinasen los camagüeyanos, por la nobleza que de él se desprendía, al futuro caudillo de su heroica provincia. (Grandes aplausos).

Sin embargo, no vemos a Ignacio Agramonte formar parte de ninguna de las delegaciones cubanas que acudieron a las juntas revolucionarias de *San Miguel* y de *Muñoz*. Su nombre no figura entre los que

tomaron parte en aquellas reuniones preparatorias; pero él conspiraba como los demás jóvenes entusiastas que rodeaban a Salvador Cisneros y Betancourt, marqués de Santa Lucía; y cuando el Camagüey se levantó en armas el 4 de noviembre de 1868, secundando al glorioso movimiento de Yara, Ignacio Agramonte abandona su hogar y es de los primeros en ocupar su puesto de honor al lado de los Boza, los Mora, los Castillo; y sus comprovincianos le designan miembro del Comité Revolucionario y le nombran poco después, para formar parte del gobierno provincial que se estableció en el Camagüey.

Desde el principio, Agramonte da pruebas de valor e inteligencia y sobre todo de la extraordinaria entereza de su carácter. En una reunión que se celebró en las Minas el 26 de noviembre de 1868, para tratar de ciertas proposiciones de sometimiento a España, relacionadas con la traición de quien no quiero nombrar esta noche, en que debemos recordar solamente la dignidad del que le desbarató el plan funesto, Agramonte, con palabra enérgica y elocuente, se opuso al proyecto de presentación, con lo que prestó su primer servicio de trascendencia a la causa, y salvó la Revolución en aquella provincia (Aplausos).

Desde este momento es que la historia

de Ignacio Agramonte empieza a adquirir importancia para la de nuestro país, ya que los hechos de su vida privada carecen de interés público y de relación apreciable con los acontecimientos que determinaron la Revolución del 68, en que debía representar un papel tan conspicuo. En los combates que se libraron desde la sublevación del Camagüey a la reunión de la Constituyente, Agramonte se distinguió por su intrepidez, tomó parte en muchos encuentros importantes en que se cubrieron de gloria las fuerzas camagüeyanas, hostilizando las tropas aguerridas y disciplinadas del conde de Valmaseda en su marcha sobre Bayamo, al que entró, después de su triunfo sobre Donato Mármol, para encontrar que los hijos de Bayamo habían dado fuego a sus hogares para que sólo encontrase el jefe español escombros y cenizas donde antes se levantaba la capital insurrecta. (Grandes aplausos).

En Guáimaro lo encontramos actuando como Secretario de la Asamblea Constituyente y presentando con Zambrana el proyecto de nuestra primera Constitución republicana, que consagró la libertad e igualdad de todos los cubanos.

Martí describió en uno de sus mejores discursos las escenas conmovedoras de Guáimaro, trabajo inspiradísimo que reco-

miendo a los que quieran ahondar en estos asuntos y que yo mismo he reproducido en mi libro sobre Manuel de Quesada, porque creo que debe difundirse el conocimiento de los hechos notables de nuestro pasado y las obras admirables de nuestro Apóstol, que tuvo siempre predilección singular, como muy bien supone el presidente de esta Asociación, por Ignacio Agramonte, de quien dijo, una vez, que "en el lugar por donde los hombres tienen el corazón llevaba él una estrella". (Aplausos).

En realidad Ignacio Agramonte fué la proyección más intensa del idealismo cubano en el grandioso escenario de nuestra primera Constituyente.

Pero dejémosle un instante después de aquellas memorables sesiones para señalarlo de nuevo en otro momento extraordinario y decisivo de su brillante carrera, es decir, cuando el Presidente le confía el mando del Camagüey.

Habían pasado ya los tiempos en que la Asamblea se reunió en medio de la tranquilidad más completa y que tanto sirvió para alimentar las ilusiones de los que creían que la guerra sólo duraría algunos meses, engañados por la inactividad del ejército contrario. España se había re-  
puesto de los primeros reveses y preparado para una guerra larga y sangrienta.

Las presentaciones se habían sucedido cada vez más numerosas e importantes, y todo el territorio del Camagüey era recorrido impunemente por las columnas y guerrillas españolas.

Entonces es cuando el general Agramonte, que ya no es el jefe de los visionarios elocuentes y generosos de Guáimaro, sino el caudillo militar valiente, activo y pundonoroso, realiza la obra de reorganización que da mayor realce a su simpática personalidad y gloria imperecedera a su nombre.

Rodeándose de unos cuantos jefes y soldados escogidos emprende la difícil labor; crea recursos en donde antes no existían, recluta nuevos defensores de la patria, a los que somete a la más estricta disciplina; da entrada en los cuadros de sus batallones y escuadrones a los cubanos presentados que, atraídos por su fama, salían de las ciudades y campamentos, con armas y municiones, para servir otra vez a las órdenes del Mayor.

Aprovechando las lecciones de la experiencia, sitúa sus avanzadas convenientemente en el río Jobabo, cubriendo el camino de las Tunas; en las cercanías de Puerto-Príncipe, en el camino de Santa Cruz, en los lugares estratégicos de las dos costas y sobre la línea de Júcaro a Morón;

y, con sus columnas volantes reforzadas, libra combates que, aunque a veces fueron infortunados, dieron a sus tropas la disciplina y la unidad de un ejército regular en campaña. (Aplausos).

Para premiar estos hechos y servicios, el Presidente extendió el mando del general Agramonte a la provincia de las Villas, con lo que le confirió la gloria y las responsabilidades del puesto militar más importante de la Revolución en aquella época de nuestra historia.

Dicen que Agramonte era orgulloso, altivo, inflexible; pero seguramente sólo fué así cuando de la patria y la disciplina se trataba; porque también se dice que sus amigos lo amaban apasionadamente y que sus soldados se disputaban el honor de recibir una palabra de encomio de sus labios o un ascenso concedido por él y ganado en acción de guerra. (Aplausos).

El debió amar como amaba el deber, a todos los que sabían cumplirlo a su lado. Era un gran conductor de hombres; y solamente adquiere un prestigio como el suyo quien ama a sus semejantes con todo el corazón y sabe sugestionarlos con la palabra y el ejemplo, como él sujestionaba a cuantos se le acercaban hasta arrastrarlos con él a la heroicidad y a la muerte. (Grandes aplausos) .

Montado en su quimera de alas de oro y aliento de llamas purificadores, él personificó las soñaciones del alma cubana; y luego, jinete en su fogoso alazán de carne y hueso, cargaba a un enemigo muy superior en número, a la cabeza de unos cuantos centauros camagüeyanos para rescatar a un héroe que llevaban prisionero, el mayor general Julio Sanguily. (Grandes aplausos).

Es frecuente en veladas como ésta establecer comparaciones y paralelos a veces acertados entre nuestros héroes y grandes hombres y los de la América Latina o del Norte, y hasta de la Francia revolucionaria y, también, de la antigüedad. Hay quienes se complacen en ver en la hazaña del rescate, una brillante repetición en tierra americana de la homérica hazaña del gran Páez en las Queseras del Medio, al frente de sus intrépidos llaneros. Se dice de Agramonte que tuvo de los antiguos romanos la austeridad y la entereza, el idealismo de los girondinos y el ímpetu de Córdoba y de O'Higgins. Y sin embargo, yo no encuentro realmente que debamos compararlo con ningún héroe, por grande que haya sido, de los tiempos recientes o remotos, porque para mí, señores, todo lo que él fué y representó es nuestro, es cubano y fué suyo, y por eso yo no afirmo

que este cubano extraordinario fué un Páez o un Bolívar, o un Leonidas o un Arístides, sino solamente que Ignacio Agramonte, ¡fué Ignacio Agramonte! (Ovación).

Con efecto ¡qué figura más singular, más gallarda, romántica y caballescica la de este caudillo camagüeyano, que nos llena de tanta admiración y legítimo orgullo! No tuvo él por grandes sus hazañas propias, sino como muy naturales en quien sirve a la patria con la firme voluntad de alcanzar su triunfo definitivo, que él hizo depender de algo que sintetizó con una palabra enérgica y viril, sellada con sangre, como muy bien dijo el joven orador que me precedió en esta tribuna y expresó con elocuencia extrema los ideales de la juventud cubana. (Aplausos).

Escrito estaba en las estrellas que Ignacio Agramonte debía rendirle el tributo doloroso y supremo de su vida a la patria. En día nefasto para los que tanto le querían y esperaban de él, pero grande para él, porque iba a inmortalizarlo, fué atravesado por las balas del adversario y cayó para siempre en los campos de Jimaguayú. La impresión que me dejó ese lugar histórico, que visité durante la pasada guerra, fué de una tristeza infinita. No sé si ella estaba en mi ánimo o en la naturaleza; pero hasta los árboles, que formaban co-

mo una guardia de honor en el sitio en donde me dijeron que sus compañeros lo vieron por última vez, parecían llorar todavía al gran desaparecido.

Su caída gloriosa, como las de nuestros grandes Cristos y Apóstoles, era indispensable para el triunfo de Cuba que necesitaba de la luz de su muerte para guiar los pasos de las generaciones venideras. (Aplausos).

El otro hecho que me une con la memoria del mayor general Ignacio Agramonte es, como dije antes, enteramente personal. Había llegado el momento de que se perpetuase en bronce su marcial figura y se levantara sobre el mármol de un pedestal que se situaría en la plaza principal de Camagüey. Abierto el concurso, los más notables escultores de Roma demostraron el mayor interés en obtener para Italia la adjudicación de la obra. A la sazón, cabíame el alto honor de representar a Cuba en la ciudad eterna, cerca de Su Majestad Víctor Manuel III, que es un rey constitucional, admirable y bueno.

Complacíame de modo extraordinario las cosas de arte: y con motivo de aquel concurso hube de establecer relaciones de amistad oficial y personal con los más famosos escultores italianos y de conocer su escuela y hasta la técnica individual de

aquellos grandes maestros. Entre los que se dispusieron a concurrir, figuraba Salvatore Boemi, autor de la estatua de Martí que se levanta por iniciativa del doctor Ramón de Miranda, suegro de Gonzalo de Quesada, en la ciudad de Matanzas, y que es tan notable, sobre todo por una figura en bronce de Cuba Libre, rompiendo sus cadenas. Boemi era, además, el vigoroso autor de otros trabajos premiados, entre los que mencionaré aquí, como un tributo a su memoria, las Baterías Sicilianas y el Angel Armado que guarda la tumba del inolvidable mayor general José Miguel Gómez. (Aplausos).

Un día vino Boemi a la Legación con el objeto de invitarme a visitar su estudio, situado entonces en la preciosa Villa Borghese, para enseñarme lo que había hecho para el concurso; acepté la invitación y después que me hubo enseñado su trabajo, me preguntó, con aquella espontaneidad tan característica de los meridionales, ¿qué dice usted de ésta?—¿me llevará la obra? Correspondí a su deseo preguntándole a mi vez que si quería una contestación de las llamadas diplomáticas, es decir, cortés y sin compromiso, o franca y sincera. Optó por una contestación de este orden y, entonces, le dije: “Pues creo que perderá usted el concurso si no le da un aspecto más

cubano a esa estatua de un héroe tan cubano como lo fué el general Agramonte”, y le indiqué algunos cambios que me parecían necesarios para lograr este objeto, que desde luego en nada afectaban al arte de su trabajo. Boemi siguió mi consejo, pero yo salí de su estudio lamentándome de haber sido tan franco, porque me decía: “ahora si Boemi pierde el concurso, tal vez me atribuya la responsabilidad del fracaso”.

Transcurrieron varios meses sin que llegasen noticias de Cuba; pero al fin una mañana se me presentó el genial artista anunciándome, lleno de regocijo, que el comité encargado del concurso le había adjudicado la obra.

Entonces experimenté una de las satisfacciones más grandes de mi vida. Yo ví fundir en bronce en la misma Roma, acaso en el lugar mismo en que se habían fundido las de los grandes hombres con los cuales tan justamente se le comparaba, la estatua de nuestro gran Ignacio Agramonte, en la cual hube de tomarme extraordinario interés hasta el momento en que,—con su pedestal y todo,— salió de Italia para Camagüey. Desde entonces se levanta la estatua de este varón ilustre, sobre un pedestal de mármol, en medio de su ciudad natal, pero siempre será más

alto y más hermoso el que en nuestros corazones le tenemos erigido a la urna sacra de sus cenizas aventadas. ¡Qué ejemplo y que gloria los suyos! ¡Qué joven cubano, señores, leyendo la historia de su vida, no ha soñado alguna vez con ser un Agramonte! Y eso es lo que Cuba necesita hoy para ser grande y para ser siempre digna: que cada joven de esta nueva generación cubana se diga: "Yo quisiera ser como Ignacio Agramonte". (Aplausos).

Honremos la memoria de nuestros grandes hombres porque así nos honraremos a nosotros mismos. Sólo cuando sepamos apreciar en todo cuanto valen los sacrificios de nuestros mártires, sabremos lo que costó nuestra independencia. La república de hoy no es todavía en todos sus aspectos la república que ellos soñaron; pero puede llegar a serlo, porque ya tenemos un gran país y una república que es necesario conservar. Si, es necesario que cada cubano se sienta orgulloso de su patria y responsable de sus destinos. Nunca debemos permitir que con la palabra o con la pluma se trate de demoler los prestigios de la patria. (Grandes aplausos).

Estamos en un período de transición y transformación, y frente al mensaje de un futuro lleno de promesas de conquistas duraderas. La meta es el perfeccionamien-

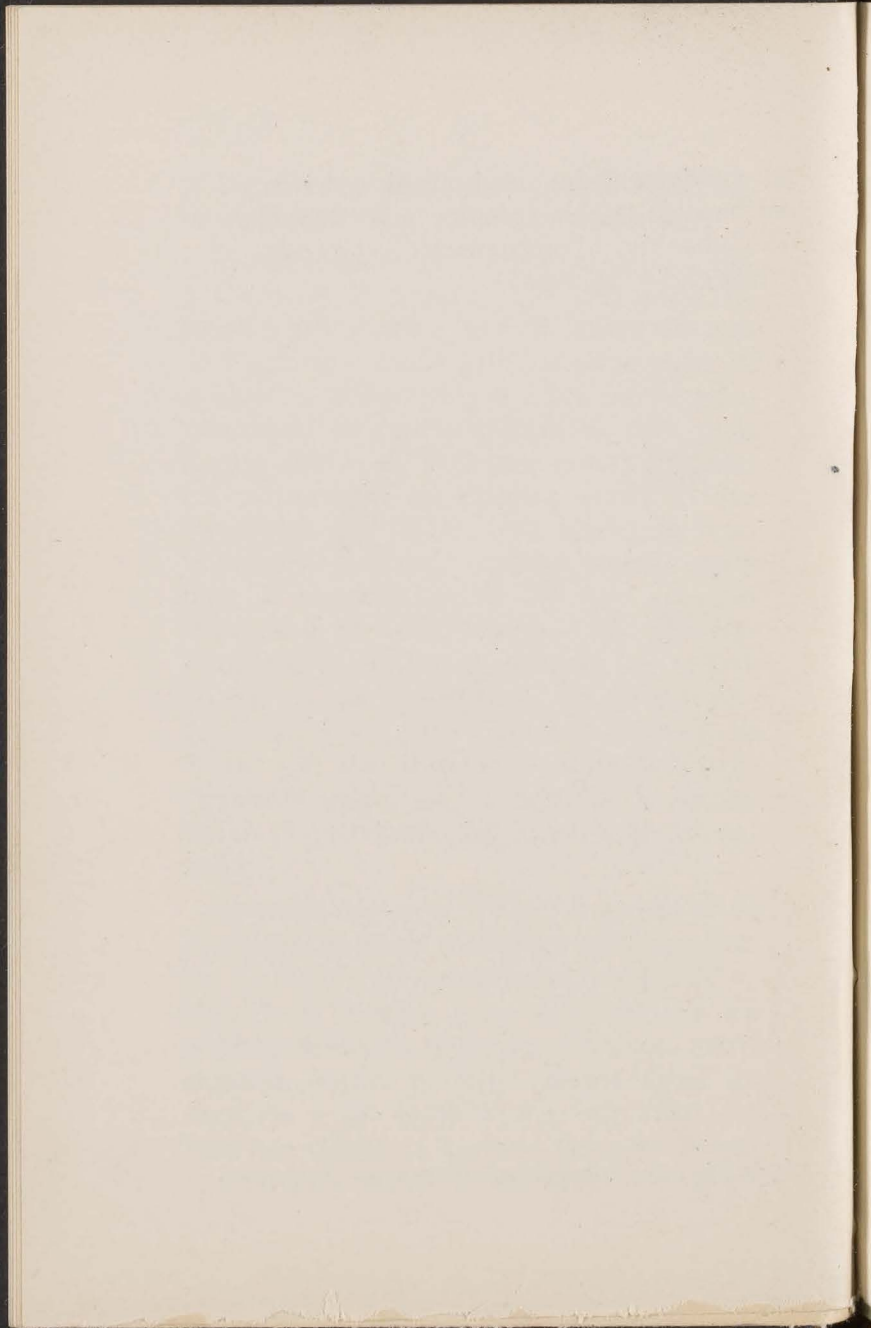
to de nuestro país, para que la república sea indestructible. (Grandes aplausos).

Y ahora me dirijo a mis dignísimos compañeros de la guerra aquí presentes. Ni cuando peleábamos por la independencia de Cuba, ni cuando salimos victoriosos de la guerra, soñamos que a los veinte años solamente de independencia el país sería lo que ahora es. Podemos estar, en general, satisfechos de nuestra obra; lo que aun queda por hacer, será acometido a su tiempo y realizado cumplidamente para bien de nuestro pueblo. No hay que desencantarse ni descorazonarse por miserias pasajeras ni por las dificultades que se presenten en nuestro camino. De todo triunfaremos, y les juro por esta bandera de Yara que la República será inmortal, (grandes aplausos), si tenemos la misma fe en el porvenir que tuvimos en el pasado.

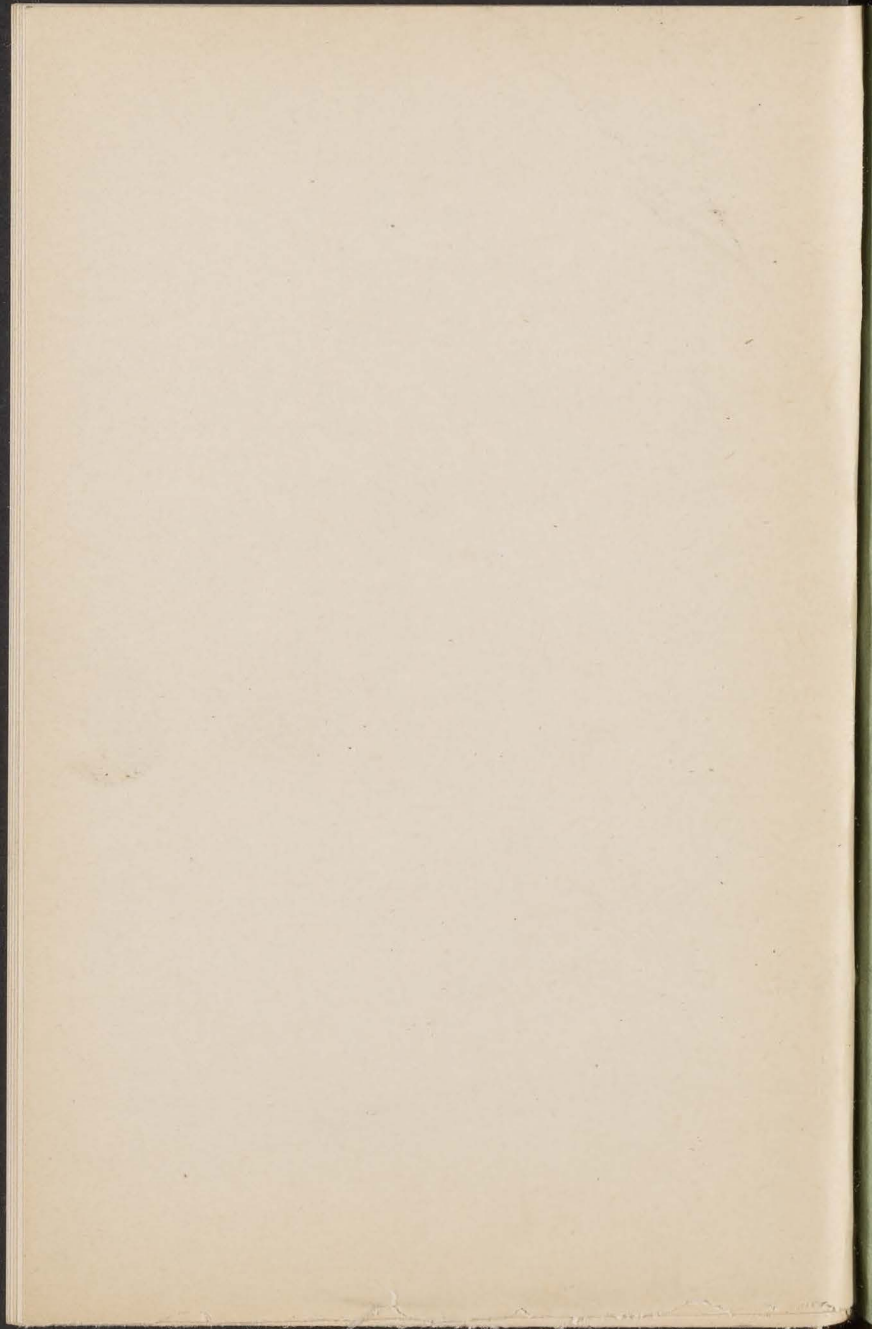
Ignacio Agramonte fué un producto de este país, esencial y eminentemente cubano. El pueblo que produjo los grandes hombres de la guerra, como él, producirá los grandes hombres de la paz que ahora necesitamos, porque la mujer cubana sabrá infundirle a sus hijos aquella dignidad que hizo tan célebre a Ignacio Agramonte para fijar para siempre, con su sello, el carác-

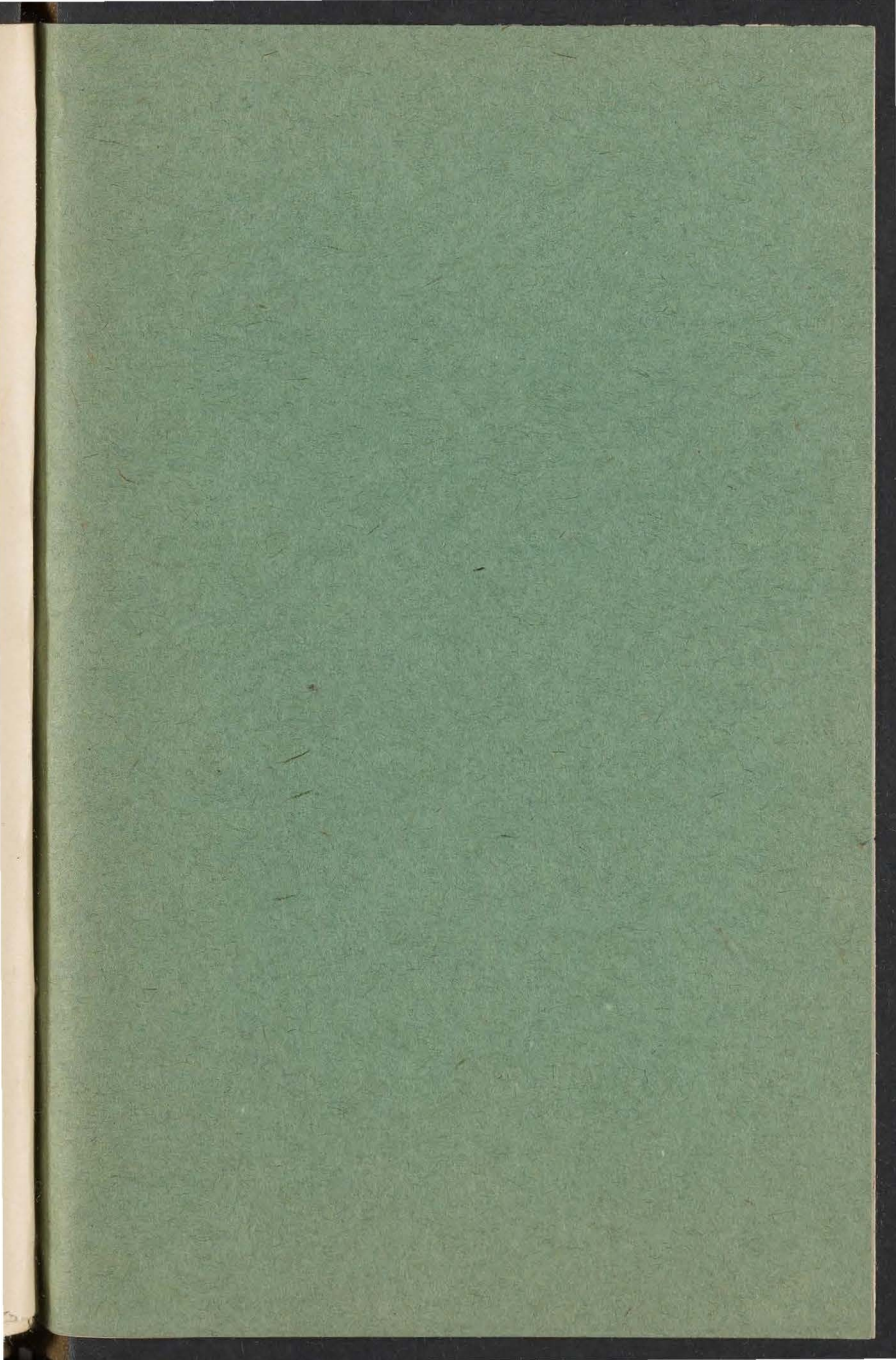
ter fundamentalmente honrado y virtuoso del heroico pueblo cubano; y la República de Cuba vivirá eternamente. (Grandes y prolongados aplausos).

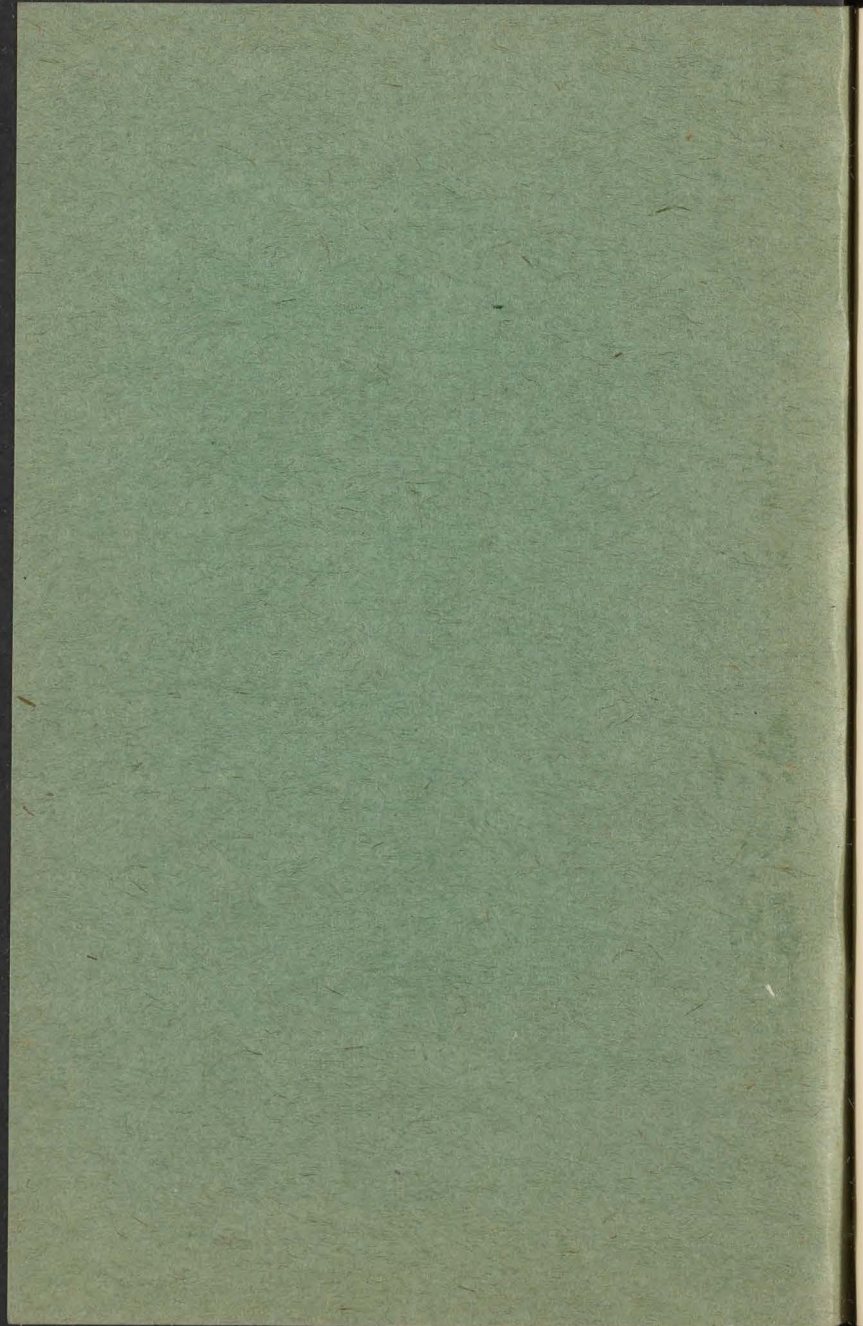
(Según las notas taquigráficas del Sr. José A. Sera).

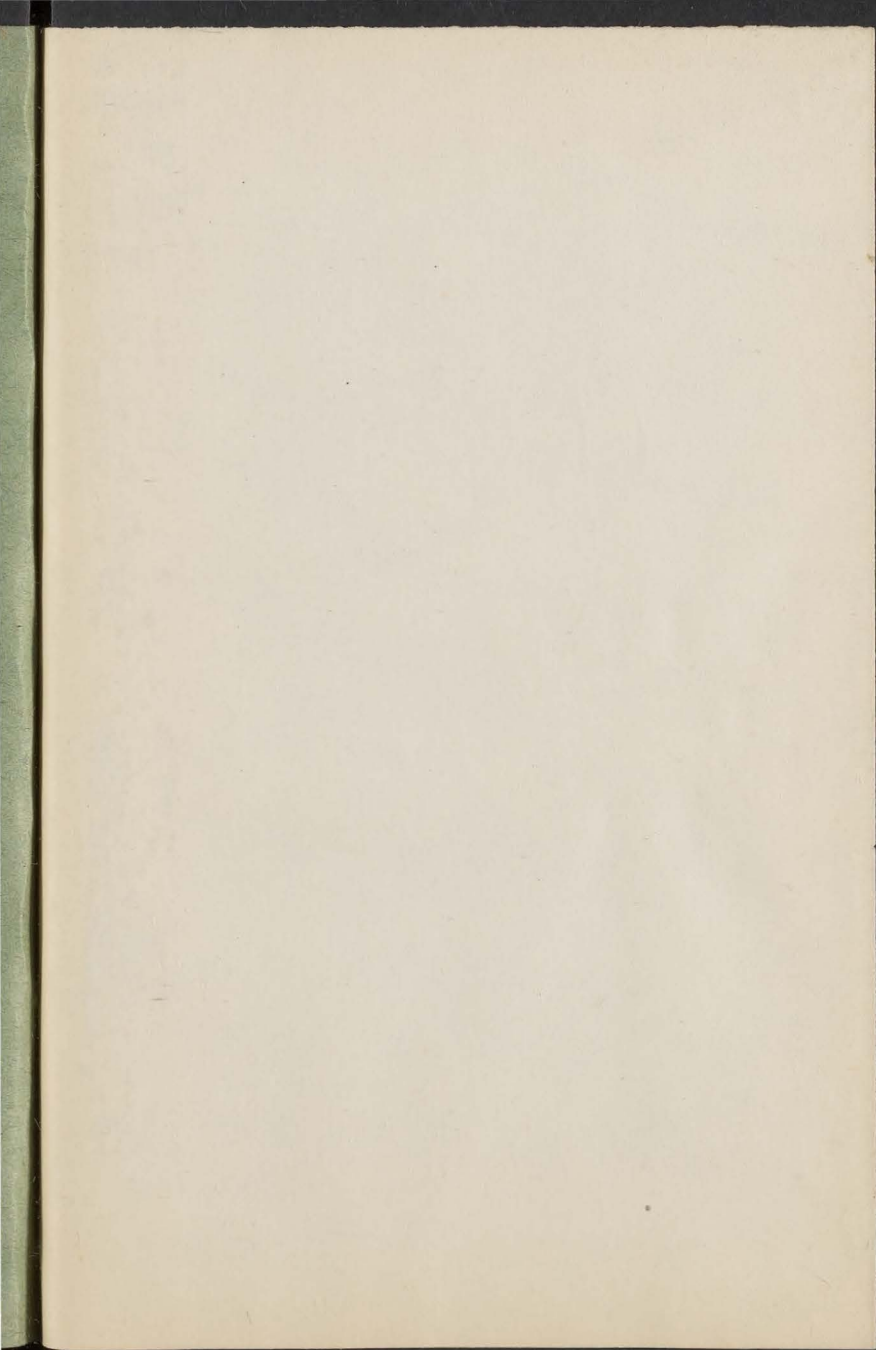


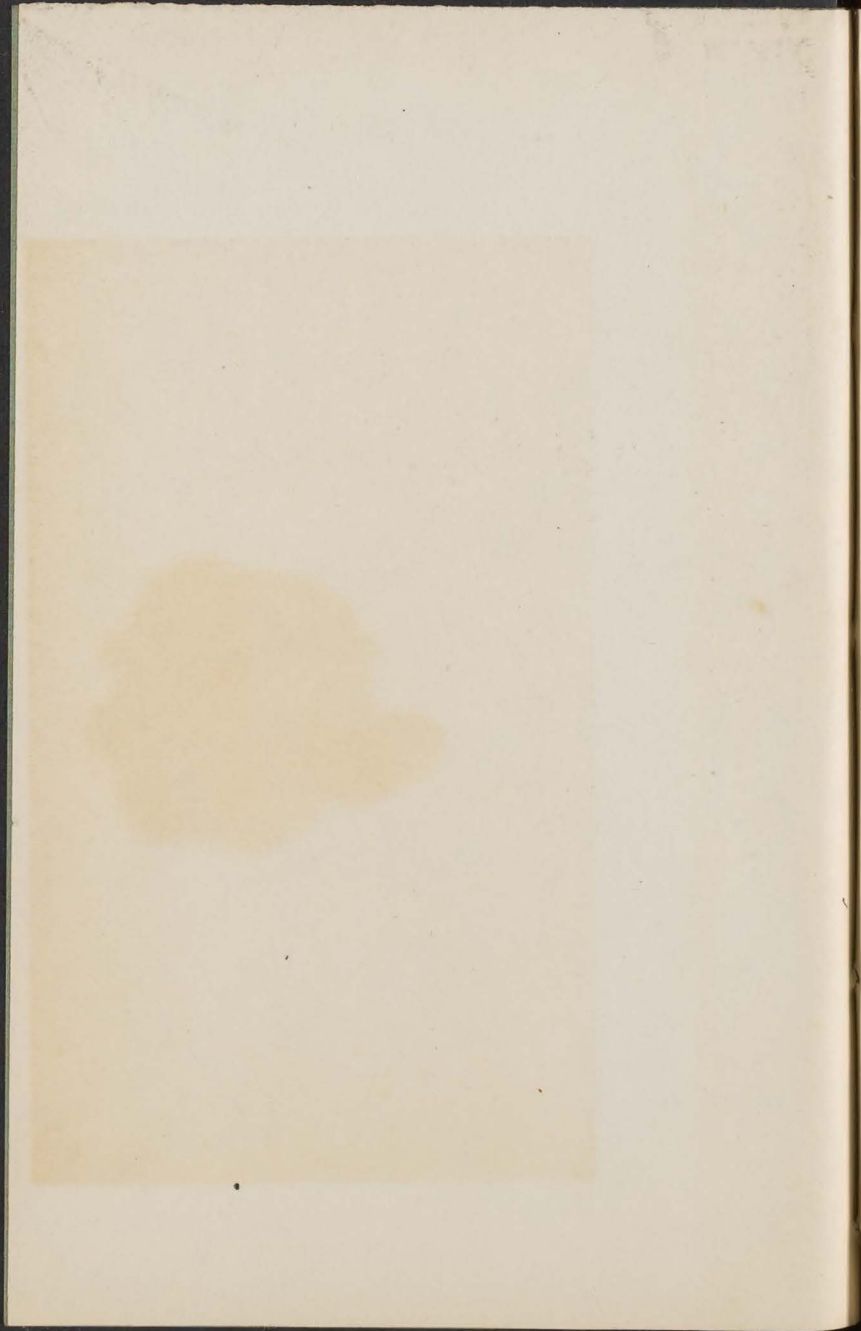












This book should be returned to  
the Library on or before the last date  
stamped below.

A fine of five cents a day is incurred  
by retaining it beyond the specified  
time.

Please return promptly.

SA 1595.6  
Ignacio Agramonte;  
Widener Library

004835894



3 2044 080 382 997